

Vínculo y psicomotricidad

**Anna Luna
Muns**

Licenciada en Pedagogía
Terapéutica. Terapeuta
psicomotriz. Formadora
de psicomotricistas de
l'AEC/ASEFOP.
Socia de la APP.

Introducción

“La especificidad de la psicomotricidad se encuentra en esta capacidad de encuentro con el otro en un estadio arcaico que pone en juego todos los procesos emocionales anteriores a la constitución del lenguaje”
(Cori Camps).

Aprovechando la demanda que me hicieron mis compañeros de Luzaro al pedirme una conferencia sobre el vínculo en la práctica psicomotriz terapéutica, dentro de las jornadas que organizaron en Vitoria los días 29 y 30 de noviembre y 1 de diciembre, voy a re-elaborar esta conferencia convirtiéndola en un artículo para nuestra estimada revista de psicomotricidad. De esta forma y con mi más sentida humildad, pretendo compartirla con las personas interesadas en la terapia psicomotriz.

Voy a intentar transmitir lo que yo he podido conocer sobre el vínculo a lo largo de los años de trabajo con los niños y sus familias; años que se han desarrollado en el marco de la Atención Temprana en Cata-

uña. Son niños que se encontraban entre los 0 y 6 años de edad, a los que atendía desde el abordaje de la terapia psicomotriz, en unas edades en las que el cuerpo es el principal representante de la incipiente vida psíquica y emocional del niño.

Para adentrarnos en la relación terapéutica, es imprescindible establecer un vínculo con el niño y sus figuras referentes. Construimos este vínculo paulatinamente a partir de las sesiones y dentro de un marco que asegure las condiciones necesarias para que todo ello se vaya creando. Este es nuestro *setting*: un encuadre que crea condiciones seguras para expresar los conflictos que originan la demanda de ayuda con la que vienen los padres.

Creamos una relación única con cada uno de los niños y padres que vienen a nuestro espacio de psicomotricidad: Nos implicamos en una relación emocional única que construimos a lo largo del trabajo terapéutico.

Vínculo

En primer lugar, voy a citar algunos autores que han teorizado sobre el vínculo

Para adentrarnos en la relación terapéutica, es imprescindible establecer un vínculo con el niño y sus figuras referentes.

y que me han ayudado a comprender la importancia que este tiene en la intervención psicomotriz terapéutica:

John Bowlby: psiquiatra y psicoanalista inglés, desarrolló la teoría del vínculo y puso especial atención en los cuidados basados en la relación, reconociendo que desde estas primeras relaciones se crea un vínculo, base de su crecimiento como individuo y núcleo de sus posteriores relaciones, que le acompañan durante toda su vida. Para todo ello tiene que construir un vínculo seguro con sus figuras referentes.

Henry Wallon: psicólogo francés, nos habló de la importancia del tono en la relación y del tono como transmisor de las emociones; por lo tanto, de la íntima conexión entre el tono muscular y las emociones. Las emociones que surgen de estas primeras relaciones, que tienen sus raíces en el cuerpo, dejan huellas (engramas) en el cuerpo del niño, que impactan en su desarrollo neurológico y en la construcción de su psiquismo.

Julián de Ajuriaguerra: psiquiatra vasco, introdujo el término de “diálogo tónico”. El adulto y el recién nacido establecen las primeras relaciones a partir del cuerpo. La madre está expuesta a las tensiones que le genera el malestar del bebé: solo cuando consigue calmarlo, puede también sentir su propio bienestar. Para conseguirlo es importante conseguir este diálogo tónico, del que surge la relación placentera entre la madre y el bebé.

Bernard Aucouturier: psicomotricista francés, siguiendo el saber de grandes maestros, continuó estudiando para dar sentido a lo que descubría en las sesiones de psicomotricidad. Creó una terminología específica de la Práctica Psicomotriz, basada en términos psicoanalíticos, como

angustias arcaicas, engramas, fantasmas de acción, resonancias tónico-emocionales, etc. Resaltó la función aseguradora del juego, partiendo de que el bebé se asegura primero en relación con la madre y se reasegura más tarde con el juego. Hablamos de aseguración frente a las angustias arcaicas y de re-aseguración frente a la angustia de separación. Todo ello en el camino de la construcción de la identidad y el proceso de individuación.

Myrta Chokler: fonoaudióloga, psicóloga y psicomotricista argentina, desarrolló toda una teoría sobre los organizadores del desarrollo, nombrando el vínculo de apego como uno de los básicos para el desarrollo armónico del sujeto.

Todos ellos afirman que el cuerpo es el protagonista del vínculo; y que en las relaciones que tendrá el individuo durante su vida, hallaremos huellas de las primeras relaciones establecidas con la madre.

Psicomotricidad: mi experiencia

Un momento inicial para construir una historia de relación: los padres

Voy a detenerme en la importancia de la vinculación con los padres y el trabajo a realizar con ellos. La experiencia me ha llevado a trabajar directa e intensamente con los padres de los niños que vienen a la terapia psicomotriz. El resultado del trabajo con el niño viene determinado por la alianza terapéutica que establezco con la familia. Esto conlleva establecer una relación de colaboración con ellos, porque mi experiencia me dice que esa colaboración determinará el resultado obtenido durante toda la intervención terapéutica.

En realidad, esto es algo común a todas mis compañeras del equipo interdisciplinar (fisioterapeutas, logopedas, neuró-

La experiencia me ha llevado a trabajar directa e intensamente con los padres de los niños que vienen a la terapia psicomotriz. El resultado del trabajo con el niño viene determinado por la alianza terapéutica que establezco con la familia. Esto conlleva establecer una relación de colaboración con ellos, porque mi experiencia me dice que esa colaboración determinará el resultado obtenido durante toda la intervención terapéutica.

La expresividad corporal, los gestos, el tono de voz, el exceso o déficit de movimiento o de palabra. Todo ello se pone en juego en la sala, para acompañar al niño en sus iniciativas y propuestas.

Al entrar acompañado, el niño se siente más seguro en este ambiente desconocido, evidenciando así que todos formamos parte de esta alianza terapéutica, imprescindible para garantizar la buena marcha de la ayuda. La presencia de los padres en la sala me aporta un conocimiento más amplio del que me dieron en la entrevista inicial.

logas, psicólogas, trabajadoras sociales, otras psicomotricistas). Por esta alianza terapéutica destinamos nuestro tiempo de supervisión de equipo a desarrollar todos los temas que tienen que ver con la familia, camino que hemos desarrollado durante todos estos años con nuestro maestro Guillem Salvador i Beltrán, psiquiatra especializado en temas de familia.

Como psicomotricista del servicio, reconozco mis estrategias específicas para vincularme con la familia, lo que también pasaba por la vía corporal. Sobre todo, porque tenía que establecer una complicidad para ayudar al niño: el cuerpo está presente en todas sus facetas, mostrando nuestras propias tensiones, resistencias, excesos... desde unos mecanismos más inconscientes. La expresividad corporal, los gestos, el tono de voz, el exceso o déficit de movimiento o de palabra. Todo ello se pone en juego en la sala, para acompañar al niño en sus iniciativas y propuestas.

Las primeras entrevistas

Antes del primer encuentro con el niño, realizo las primeras entrevistas con los padres que me hablan de su hijo, de su preocupación o de las de los profesionales que les han derivado. Es ya desde estas primeras entrevistas cuando se inicia el trabajo terapéutico. Cuando vengán en los próximos encuentros a acompañar a su hijo, estas primeras entrevistas repercuten en su forma de acompañarle y, por tanto, en cómo el niño se prepara para entrar en un espacio y con una persona desconocida para él. A partir de su diálogo tónico, los padres le transmiten una forma específica de entrar en la sala: curiosidad, confianza, inseguridad, etc.

Y a pesar de que tengo algunos condicionantes previos (informes, anamnesis,

etc.), procuro mantener la mente abierta a las posibles sorpresas que me produzca este niño. Es así como empiezo mis primeras observaciones, en las que constato la importancia de la presencia de los padres.

Las primeras observaciones

Al entrar acompañado, el niño se siente más seguro en este ambiente desconocido, evidenciando así que todos formamos parte de esta alianza terapéutica, imprescindible para garantizar la buena marcha de la ayuda. La presencia de los padres en la sala me aporta un conocimiento más amplio del que me dieron en la entrevista inicial.

Esta presencia me permite establecer una relación tónico-emocional con ellos, en un lugar en donde el cuerpo es protagonista y en el que nos mostramos globalmente. Los psicomotricistas sabemos y hemos experimentado que la relación a partir del cuerpo favorece la aparición de las emociones y, por tanto, la vinculación se hace de forma más fluida, vívida e intensa.

El trabajo de la demanda

¿Como vamos a reconvertir esta demanda inicial? Siempre a partir de una relación entre ellos y nosotros: una relación de confianza (a ciegas) que va a ir fortaleciéndose a partir de la vinculación con la familia.

La confianza en el niño es lo primero que debo transmitir a los padres cuando nos traen a su hijo, preocupados por todo lo que "no hace", pidiéndome en muchas ocasiones que arregle aquello que no funciona, que para eso soy la terapeuta.

Rescato de este niño todas las capacidades que me muestra, dándole un valor, emocionándome con este encuentro. La cone-

xión emocional me permite la vivencia de resonancias tónico-emocionales que sentimos todos los que nos hallamos en la sala: niño, padres y terapeuta.

Lo vamos a ir compaginando con la palabra, los padres nos preguntan, nos transmiten sus dudas y preocupaciones, mientras el niño puede tomar iniciativas en una sala que ya ha descubierto como un lugar que le es propio. Tengo una atención latente, y una atención más selectiva durante estas sesiones.

Trastornos del vínculo

“Recibir al niño tal como es en su agitación motriz, en sus pulsiones agresivas, en sus rechazos, en sus inhibiciones, puede ser considerado como un factor esencial de apertura para su propio cambio”
(Bernard Aucouturier).

Cuando vienen unos padres a pedir ayuda al servicio de atención temprana, es frecuente encontrar algunos fallos en estas primeras historias de relación; el vínculo está fragilizado, y el diálogo tónico no siempre ha conseguido contener y transformar las angustias arcaicas.

Voy a puntualizar que no es que la familia tenga la culpa de las dificultades que tiene su hijo, pues son múltiples las causas que pueden dificultar este diálogo tónico del que nos hablaba Ajuriaguerra.

Pueden originarse en cualquiera de las dos partes: podemos pensar que no ha sido un niño deseado o quizá tan deseado que no ha cumplido las expectativas; o quizás, ha nacido antes de tiempo, aspecto que ha culpabilizado también a la madre. En cualquier caso, una parte influye de pleno a la otra.

Para el niño que viene desbordado de impulsividad, encontrar un espacio donde puede moverse sin tener que seguir unos mandatos previos, un espacio disponible para su conquista a partir de la experimentación, suele ser un gran atractivo.

Puedo encontrarme con niños sin ninguna conciencia de peligro, al lado de unos padres que se hacen cargo de todos los riesgos, evitando que el niño se accidente. Esto ya me indica una relación basada en la dependencia y en la indiferenciación, donde el vínculo es frágil y, por consiguiente, no ha sido posible hacer una buena separación. En la mayoría de las ocasiones, son padres fatigados, siempre en estado de alerta y sin poder confiar en la iniciativa de su hijo. Son relaciones cargadas de ansiedad, ansiedad que también se instala en el niño.

Mi tecnicidad ayuda al niño para que pueda “caerse sin hacerse daño”, pero pasando por la vivencia de un miedo soportable que, hasta ahora, sus papás le habían evitado. La presencia de los padres en estas circunstancias también me permite acompañarles para convertir esos miedos, para ellos insoportables, en muestras de fortaleza de su hijo, cuando asume los “escarmientos” imprevistos. En la medida en que este niño tome conciencia del peligro, tendrá en cuenta los límites necesarios para su seguridad.

Otros niños que son realmente difíciles, son los que se presentan sin ningún deseo, inhibidos en su actividad. En muchas ocasiones, vienen acompañados de unos papás que se adaptan a sus exigencias, que hacen por ellos, colocándose en una posición simétrica que les impide diferenciarse. Aquí el vínculo también se construye desde la fragilidad: son niños que no han podido separarse para explorar lo

Cuando vienen unos padres a pedir ayuda al servicio de atención temprana, es frecuente encontrar algunos fallos en estas primeras historias de relación; el vínculo está fragilizado, y el diálogo tónico no siempre ha conseguido contener y transformar las angustias arcaicas.

Mi tecnicidad ayuda al niño para que pueda “caerse sin hacerse daño”, pero pasando por la vivencia de un miedo soportable que, hasta ahora, sus papás le habían evitado.

que les rodea y ser realmente creativos; o quizás los padres se han sentido inseguros ante la distancia que podían tomar para empezar a “separarse”.

En estos casos los propios padres solían reclamarme como un “impulsor-motor” del deseo de su hijo, sin confiar en las propias capacidades del niño. Les era difícil percibir que, en realidad, el niño no había tenido la oportunidad de encontrarse con un espacio vacío que llenar desde su propio deseo: solo partiendo de sus experiencias, podría empezar a desear lo que más le satisficiera.

Con estas experiencias, que tienen un encuadre y un ritmo programado, creamos una relación significativa entre el niño, sus padres y yo misma; es decir, un vínculo significativo para adentrarme en los núcleos más profundos de este sujeto, sin olvidar del rol de sus padres, como principales protagonistas de su desarrollo.

Este acompañamiento facilita al niño realizar un proceso vivenciado, que puede extrapolarse a su cotidianidad, fuera de la sala. Así mismo, los papás pueden transformar su actitud en más abierta y de confianza, para ofrecer a su hijo nuevas oportunidades y vivencias.

Este primer camino, vivido conjuntamente con los padres y el niño, nos lleva a un vínculo muy intenso. Siempre me esmero en poner en evidencia los puntos fuertes y avances de su hijo, los esfuerzos que realiza, y no solo los resultados obtenidos; en definitiva, el recorrido de su crecimiento personal.

En cuanto a ellos mismos, sin pretender enseñarles a ser padres, pongo de relieve sus capacidades para ir disminuyendo las dificultades con las que venían inicialmente, capacidades que hemos ido descu-

briendo en este camino compartido. También intento contener la ansiedad que les surge frecuentemente cuando piensan en el futuro de su hijo, situándonos en el presente y valorando los pequeños pasos de cada día: por pequeño que sea el cambio, siempre lleva consigo una expectativa de que alguna cosa puede moverse y avanzar.

Quando hay una causa estructural

“Las características del niño activan, modelan y sostienen las conductas de apego de la madre”

(Myrtha Chockler).

Llegan a la sala niños que han nacido con patologías neurológicas, niños que han vivido en su cuerpo el dolor, que no confían en las relaciones que implican el contacto corporal, porque viven con fragilidad; por lo tanto, su subjetivación también es de fragilidad y dependencia. Una relación con el adulto construida sobre esta fragilidad y dependencia, no permite pensar en una separación que lleve a la autonomía.

Los trastornos de la relación se hacen evidentes frecuentemente alrededor de los 18 meses. Los síntomas más comunes en el niño son la inexistencia de la atención conjunta, las alteraciones en el lenguaje, la evitación de la mirada, y los rituales difíciles de modificar, entre otros. Todo ello provoca importantes desajustes en la relación con los padres. Esta situación es realmente angustiante para los padres, que acostumbran a sentirse culpables pensando que son el origen de las dificultades de su hijo. Generalmente no existe un diagnóstico médico que explique la aparición de estos trastornos.

Para los padres es difícil realizar la crianza desde el placer, y pueden perder la esperanza de conseguir ser unos buenos

Con estas experiencias, que tienen un encuadre y un ritmo programado, creamos una relación significativa entre el niño, sus padres y yo misma; es decir, un vínculo significativo para adentrarme en los núcleos más profundos de este sujeto, sin olvidar del rol de sus padres, como principales protagonistas de su desarrollo.

padres. La preocupación y el desasosiego llevan a unas tensiones que no facilitan la escucha y el ajuste.

Es difícil acercarnos a estos niños a partir del cuerpo, por lo que el objeto se convierte en un mediador para entrar en relación. Así, el cuerpo va siguiendo al objeto y se va abriendo a nuevas experiencias que lo llevan al placer y a las emociones; unas emociones que vivirán en primera persona y con el otro: el juego abrir a la relación y la comunicación, acercándoles a la experiencia del placer corporal compartido.

Mi presencia, mi atención, mi reconocimiento, permiten al niño reconocerse en mi mirada, en mis palabras, en mi tono y en la emoción que me hace sentir que se vaya descubriendo como sujeto de sus acciones. Las que le provocan placer, serán deseadas nuevamente y, por consiguiente, repetidas, interiorizadas, y por lo tanto, le ayudarán a crecer.

El vínculo creado permite el desarrollo de las potencialidades del sujeto, sean las que sean, a pesar de que sigan existiendo límites insalvables.

Cuando los padres están en la sala, se sorprenden de estas capacidades que aparecen y pueden resaltar las iniciativas que su hijo va teniendo en su cotidianidad. La emoción se comparte entre los adultos y llega al niño, aunque no siempre puede expresarlo de forma clara.

Vinculación y juegos de re-aseguración profunda

Son juegos de relación con el adulto y de contacto corporal. Como ya he dicho, conseguimos el vínculo, a partir de “resonar tónico-emocionalmente” en la sala, lo que nos va a dar paso a y tener experiencias de juegos de re-aseguración profunda.

Al inicio de la relación terapéutica notamos las resistencias, defensas al fin y al cabo, que el niño ha ido organizando para sostenerse en su sufrimiento cuando no ha conseguido contener sus angustias arcaicas. Aparentemente pueden parecer niños que no tienen miedo a nada; incluso con una vivencia relativa del dolor.

Una confusión entre la propiocepción, interocepción y exterocepción hace que no existan unos límites claros entre el dentro y el fuera, entre el yo y el otro. Esto se traduce en una gran desconfianza a todas las sorpresas, a todo lo no controlado. Solo conseguiremos acercarnos a ellos a partir de la creación de un vínculo seguro, y lograrlo no es tarea fácil: lleva un tiempo casi siempre superior al deseado.

Pasarán muchas sesiones en las que tengo que estar a su lado para que pueda moverse y sienta garantizada mi presencia y mi conexión emocional, poniendo de relieve su protagonismo, mostrándole que él puede escoger, buscar los límites, jugarlos hasta llegar a asustarse. Tendrá que constatar que siempre estaré para acompañarle en las experiencias menos placenteras y para recogerle en su malestar o su miedo. También para contenerle en las experiencias de equilibrio-desequilibrio en las que juega su globalidad corporal, y pasar del sentimiento de fragmentación, de pérdida de límites corporales, que tanto le ha angustiado, a vivirlo contenido por el adulto que está atento y presente. Así puede repetir la experiencia de pérdida y reunificación del cuerpo, hasta que vaya integrando progresivamente y consiguiendo vivir el placer des de su propia experiencia.

Estas vivencias compartidas provocan unas transformaciones tónico-emocionales en el niño y un cambio importante en sus relaciones con los demás. Las re-

Mi presencia, mi atención, mi reconocimiento, permiten al niño reconocerse en mi mirada, en mis palabras, en mi tono y en la emoción que me hace sentir que se vaya descubriendo como sujeto de sus acciones. Las que le provocan placer, serán deseadas nuevamente y, por consiguiente, repetidas, interiorizadas, y por lo tanto, le ayudarán a crecer.

Los psicomotricistas no estamos exentos en poner límites ante peligros reales. El niño los tolerará siempre que hayamos conseguido una vinculación lo suficientemente segura como para no romper la confianza depositada en el otro.

sonancias tónico-emocionales recíprocas que provocan estas experiencias de juego, provocan un nivel de confianza tal que le permiten al niño recibir del otro; tolerar momentos de frustración y transformarse en un ser de acción capaz de manifestar sus emociones; evolucionar en su conquista motriz liberándose así de sus angustias; situarse, en fin, en el placer de la conquista sensoriomotriz.

Los psicomotricistas no estamos exentos en poner límites ante peligros reales. El niño los tolerará siempre que hayamos conseguido una vinculación lo suficientemente segura como para no romper la confianza depositada en el otro. Si no me asusto ante sus desbordamientos emocionales y los excesos de su impulsividad, sentirá mi fortaleza. Sostener los mo-

mentos de conflicto, hacerle sentir mi resistencia ante su ataque, contribuirá a la construcción de este vínculo seguro.

Como he afirmado al inicio, cada uno de los casos atendidos en terapia psicomotriz es único como único es el recorrido construido por cada uno de los niños y sus familias. Lo común en todos es la implicación del cuerpo en estas sesiones, un cuerpo que despierta las emociones, que moviliza el mundo interior de todos los que estamos resonando tónico-emocionalmente en la sala de psicomotricidad.

Y finalmente, acabo estas líneas con la expresión de mi reconocimiento a cada uno de los niños y familias con quienes he podido compartir, “resonar” estas experiencias que tanto me han aportado en mi vida profesional y personal.

